

Recordando a Sor Catherine

(Padre José Vallauri FDP)

Un subtítulo a esto podría ser: “La primera superiora de los orioninos en Kenia”. Y he aquí el por qué. Vayamos a mitad de los años 80, en Buntingford, Inglaterra, una ciudad sobre la autopista principal A10 que va desde Londres a Cambridge. Allí la Congregación había comprado en 1975 un ex convento para alojar a las chicas más ancianas con alguna discapacidad, de nuestra Casa Colombo de Londres. Unas quince. La joven Catherine, proveniente de Wigan, cerca de Liverpool, había entrado para trabajar allí. Provenía de una buena familia católica y tal vez había conocido ya algo de los orioninos que, hacía algunos años, habían abierto una obra en la cercana UpHolland. En Buntingford, desde 1978 se nos había confiado también la parroquia, y yo fui su párroco desde aquel año hasta 1989. Así nos conocimos. Catherine era una joven buena, jovial, siempre positiva, solar se diría hoy, pero con los pies sobre la tierra; su sola presencia irradiaba paz, serenidad y compromiso. Compromiso, trabajo, generosidad, espíritu de sacrificio, otras características que marcaron su vida.

Por lo tanto no me maravillé demasiado cuando un día, el P. Pablo Bidone, encargado de la obra, que visitaba Londres al menos una vez al mes, me confió: “Sabes, Catherine desearía entrar con nuestras hermanas”. No me maravillé porque veía en ella tela de religiosa, pero me sorprendió la elección: ¿cómo podía saber de las PHMC? Además, había tantos institutos de Hermanas en Inglaterra, incluso prestigiosos, sobre todo los dedicados a la enseñanza. La única religiosa orionina inglesa era Sor Dolores, pero ella había estado siempre en Italia y murió en 1993. Catherine fue a Italia, aprendió el italiano, hizo su segundo año de noviciado en Santa María la Longa.

Pocos años después, en 1992, nos encontramos de nuevo en Kenia. A mitad de noviembre de aquel año, respondiendo al pedido de las PHMC, como ya lo había hecho en precedencia Padre Malcolm Dyer, partí para Dublin, y haciendo escala primero en Bruselas y luego en Entebbe, llegué finalmente a Nairobi: en el aeropuerto me esperaban Sor Catherine y una aspirante americana, la futura sor Carol. Sor Catherine había llegado hacía poco a Kenia, era encargada de la formación de las jóvenes aspirantes y postulantes. Yo me quedé un mes entero siendo su huésped, proveyendo a los retiros espirituales, conferencias, y otras actividades pastorales. Conocí también algunos jóvenes de la zona de Igoji que, animados por Sor Leonarda, querían unirse a nosotros. Allí las hermanas llevaban adelante un pequeño hospital y seis dispensarios. Después de esto, los viajes se multiplicaron, sea de parte mía que de parte del padre Malcolm, a veces incluso dos veces al año, por al menos tres o cuatro semanas cada vez. Siempre Sor Catherine, y también las otras Hermanas, estaban a nuestra disposición, hospedándonos, proveyendo a los traslados y brindándonos las necesarias informaciones.

Durante el Congreso Misionero de 1993 en Montebello se decidió solicitar hospitalidad a los co-hermanos de Costa de Marfil para dar a los jóvenes keniotas un poco de experiencia orionina. Mientras, Sor Catherine nos ayudaba a encontrar también un terreno en venta donde construir nuestra residencia.

No obstante esto, se hacía urgente proveer a la formación de los aspirantes en Kenia y se decidió, luego de visitar distintos institutos religiosos, solicitar hospitalidad al seminario de la diócesis de Meru ubicado en Nairobi, y que nos parecía el más adecuado. Le pedimos a Sr. Catherine que cuidara a los aspirantes: aceptó con entusiasmo, no obstante los ya tantos compromisos. Esto implicaba visitarlos todas las semanas, proveer a sus necesidades, escuchar incluso sus lamentos. Un viaje de pocos kilómetros a través de la metrópolis pero que empleaba un poco de tiempo, en el tráfico casi siempre caótico. Así es como Sor Catherine fue la primera superiora de los orioninos.

De todos modos, urgía abrir una comunidad también en Kenia.

Así en 1996 me fui por dos meses en busca de una casa, aunque sea para alquilar temporalmente, y para estudiar un poco de Kiswahili. Cuántos viajes hice con Sor Catherine, dando vueltas por Nairobi, viendo distintas casas y habitaciones, sin poder encontrar una adecuada. Finalmente, junto al P. Oreste Ferrari, que había venido a proveer un poco de formación a nuestros “aspirantes” mientras estaban de vacaciones, se encontró la casa en Langata, una habitación privada, en venta, pero suficientemente grande como para hospedar alrededor de diez personas. Regresé a Kenya a fines de septiembre y en las vísperas de la Navidad tomé posesión de la casa. Inmediatamente después llegaron los seis primeros aspirantes, entre ellos los futuros padres Peter Wambulwa y Raphael Kailemiah.

Desde aquel día los contactos, la colaboración y la ayuda recíproca continuaron, o mejor dicho, aumentaron. Cuántos episodios me vienen a la mente! La última vez que nos encontramos fue en Mayo de 2018, en Tortona, en la Casa Madre, donde ella ya se encontraba desde hacía un tiempo, en tratamiento por el mal que, junto al virus, se la llevó. Estuvimos dos horas recordando los “tiempos lindos” de Buntingford y sobre todo del Kenia, y las diversas aventuras que compartimos. Una: un día íbamos cinco en la vieja Peugeot de las hermanas, desde Nairobi a Igoji, nosotros dos y tres novicias. Apenas dejamos la ciudad, el primer problema: los estudiantes de la Universidad Kenyatta estaban bloqueando nuevamente la calle, en protesta. Tuvimos que pasar por caminos rurales, donde la gente se mostraba un poco hostil ante el tráfico inesperado. Después, otras desventuras. Pasado Embu, la primera pinchadura: se cambia la rueda y se encuentra un mecánico que la arregla. Antes de llegar a Runienje, la segunda: se llega a un pequeño pueblito y otro mecánico provee. Después de pocos kilómetros, la tercera: por tercera vez me arrodillo y cambio la rueda; la blanca sotana ya estaba llena de polvo rojo. Pensando que habíamos superado el proverbial tres, continuamos sin la rueda de auxilio. Entre la tardanza y las paradas imprevistas se habían pasado las horas. Son las seis y, siendo sobre el Ecuador, está llegando la noche velozmente. Pero una pequeña aldea y otra pinchadura. Un mecánico en aquella aldea no se encontraba. Decidimos entonces dividirnos en dos grupos: Sor Catherine y una novicia irían al mecánico más cercano con las dos ruedas; yo y las otras dos novicias nos quedaríamos en el coche. Era casi oscuro: algún pequeño negocio a la distancia tenía una luz y había todavía mucha gente dando vueltas. Pasó un hombre, anciano, y al ver la situación comprendió enseguida lo que había sucedido. Se acercó y dijo: Padre, no tenga miedo, aquí los cristianos somos muchos. Le agradecí. De todos modos, se paró a una corta distancia. Providencialmente, el primer vehículo que Sor Catherine vio pasar se paró: era un religioso del Cottolengo, también él iba a Meru. Cargaron las ruedas y regresaron en una hora más o menos. Antes de partir de nuevo me acerqué al anciano que nos había hecho guardia, ofreciéndole un poco de dinero. No lo aceptó. Llegamos a Igoji con varias horas de retardo. Las hermanas, preocupadísimas, nos acogieron con alegría.

Querida Sor Catherine, llegaste ahora a la meta de tu breve vida. Cuando le dijiste SI al Señor, te diste alma y cuerpo a la llamada, sin mirar atrás jamás. Donde la obediencia te llevaba, era casa y patria tuya, aún cuando, obviamente, amabas Inglaterra. Infundías serenidad, generosidad y caridad donde te encontrabas. Jamás un lamento, jamás una palabra que no sea buena en relación a los demás, obteniendo fuerza, coraje y paciencia, de la oración que practicabas cada día. Una fe grande, limpia, que emanaba de tu rostro. Unas ganas de servir, de hacer todo bien y hacer bien todo. Para mí fuiste, sobre todo en aquellos años en Kenia, como una buena hermana, siempre disponible, siempre con el deseo de ayudar, aconsejar, encaminar, dándome a mí y a los seminaristas la misma atención que dedicabas a tus formandas. Sólo Dios sabe cuánto te debo y, si hay algo que me consuela y que me contiene las lágrimas, es el saber, con certeza, humana pero de todos modos certeza, que me ayudarás todavía más, desde allá arriba.

Descansa en paz querida hermana, y que Dios te conceda gloria, premio y alegría en su reino.